

Oy Loubia

REVISTA DE POESIA



Scalla

TERCERA EPOCA N.º 9

Córdoba
Abril
1984

Zubia

CON POEMAS INEDITOS DE:



CARLOS RIVERA
CHARO PRADOS
FRANCISCO CARRASCO
FRANCISCO MENA CANTERO
FRANCISCO PEREZ
HELIODORO DIAZ
JOSE ANTONIO MORENO JURADO
JOSE MARIA ALGABA
JUAN LAMILLAR
LOLA SALINAS
MANUEL DE CESAR

DIBUJO Y PORTADA

Ricardo Secilla

CONTRAPORTADA

José Luis Muñoz



Edita ZUBIA
Cinco Caballeros, 12
CORDOBA
Teléfono 26 59 82

ZAGUAN

Continuamos. Nuestro número 9 de la tercera época no es una linde ni un nuevo punto de partida. ZUBIA —«agua que corre...»—, ya lo saben— sigue su curso, pese a los accidentes de las márgenes. Continuamos, cuando una institución que reconoce lo que fuimos y lo que somos, nos da su apoyo. Hay que felicitarse de que los presupuestos del poder —en este caso, los del Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba—, coincidan, desde ahora, con esos presupuestos de manifestación de la belleza, de los que no abdicamos.

Seguimos entendiendo la poesía como un reino sin límites, como una ilimitada supervivencia. Defendemos, por encima de todo, como principio activo, la dignidad preservada de la palabra, a la que unimos, desde siempre, o, al menos, lo intentamos, esa capacidad de resurrección de la experiencia y su transmutación en la metáfora, la imagen o la lectura interna. En nuestra traducción de la realidad, o de la soledad del creador, no buscamos la imposible identidad sino la difícil semejanza.

Sabemos, desde Paul Valery, que un poema es una fiesta del intelecto y de la sensibilidad, y que, después de la fiesta, sólo quedan cenizas, guirnaldas pisoteadas. Conscientes de tal axioma incontrovertible, nos prestamos al juego de tal identidad, la del poeta, aunque representándolo en su más puro y bello estado. Eso es crear, expurgando el equivoco posible entre el lenguaje de la verdad y el de la misma creación.

Después de doce años y muchas sediciosas mordeduras, ZUBIA sigue en su cauce. Si la palabra es sombra de la obra, como escribió Demócrito, la palabra de ZUBIA ya es sombra de una larga travesía del desierto, creadoramente fructífera, a pesar de los perros que ladran a la luna, a pesar de las críticas de quienes careciendo de autoridad pretenden convertirse en los últimos tueros del país de los ciegos de nuestra casi siempre desolada cultura. ZUBIA está viva y crece en otra época, no diferente sino continuada, no distinta sino distinguidora, aumentada la obra de los libros de sus poetas, indesmayable en su íntima floración ya transmitida a muchos jóvenes de las últimas generaciones cordobesas.

Continuamos, pues. Y no queremos reiniciar el contacto con quienes nos reciben, sin hacer alusión en este editorial al ambicioso nacimiento de un proyecto sensiblemente literario, cuando se oye decir que la literatura es un crepúsculo, una anomalía de nuestros tiempos corrosivos. Contra las seducciones del best-seller y el libro de consumo, saludamos desde estas páginas el nacimiento de «LARVA», la obra de Juan Ríos, otro perfecto desconocido, sin más. Más allá de los experimentos lingüísticos, «LARVA» aparece como una fiesta de la palabra llevada casi a los límites de la locura, como un desembotamiento de la mediocridad con la que nos castigan los productores de libros del día o de la estación, cuando creíamos fenecida la literatura.

De «LARVA» se ha dicho que se trata de la historia de una orgía, sin principio y sin final, sin psicología, ni argumentos ni personajes. Y tal vez sin lectores, salvo los iniciados o los poseídos por el afán perpetuador de la belleza mediante la palabra, como sucede con la poesía, incluso con la meta-poesía en ocasiones muy señaladas.

Desde nuestra minoritaria larvación saludamos a «LARVA», brindamos poéticamente por su profanación de la sacra ignorancia y nos congratulamos de que existan gentes como Juan Ríos y como los poetas, islas de creación de lo que nada cuesta y es, precisamente, lo que mayor valor tiene.

ZUBIA



I

VENIAN enojados
de puro añil su pelo
ebrios días de enero en los tobillos
aromas de biznaga
una cuenca de lluvia tras su paso
errantes ya sus manos de tus manos
el recuerdo certero de tu boca bebiéndole las horas

II

*Ya sembrada su carne de tu aroma
con el secreto último del mar en sus labios
con la última hoja de almezo entre sus ropas
ha sucumbido al sueño
y te nombra
sortilegio tu nombre entre los nombres
y tiemblan las albizias
y se le enreda el tiempo en la mirada*

III

*Se le quedó la frente de azul blando
templadas las rodillas de recuerdos
un agujón de menta por la boca
y te vistió la carne de incienso y de melisas
y se arropó las horas con viento de otra tarde
porque tu rostro
se le durmió en los dedos para siempre*

IV

*Atesoraba hebras de tu pelo
guardaba en sus mejillas
mil brotes de fumaría
un columbario verde en su costado
y como un arce
como un palacio antiguo
anclado tu recuerdo entre sus ojos
se le escapaba a veces como un pájaro*

LOLA SALINAS

EL viejo Lancelot lleva en la mano un beso,
un estigma invisible, pero ardiente,
hace ya muchos años que mortal, y lo palpa
tan sólo con los ojos porque no se desgaste
su veneno querido.
Aún en la misma mano, el viejo Lancelot
lleva también la espada,
la furia de la guerra, el grito de los cuerpos
donde se hundió el acero como dentro
del aire van los pájaros.
Y así se ha detenido al pie de un abedul,
casi se ha desplomado en su sombra benigna,
diríase que exhausto de la vida, tal vez,
pero igualmente ansioso de cansancio y de noches.
Toma en su mano limpia,
que, —pura paradoja—, resulta la siniestra,
la seca flor del árbol;
desparrama su polen por el musgo
igual que hacen los dioses con el gozo, con el dolor,
y hete aquí que pronuncia
las siguientes palabras mientras le vence el sueño:
«No hubiese preferido otro destino».

CUANDO la veste de Almotamid volvióse un puro andrajo,
con el sudor la seda corrompida,
deshecho en el espino el verde y suave pliegue,
más la arena mordaz y el acre viento,
el Príncipe no quiso recuerdos en los ojos,
apartó con un gesto adecuado a su stirpe
la corte de nostalgia tentadora
y se tragó el hermoso nombre de Rumaikiya
con la saliva última.
Al detener el paso y mirar hacia el norte,
un desdén por la vida le sacudió los huesos.
«Todos los bienes fueron fortuna del ayer»,
se dijo sin dolor.
Y dirigiendo el cuerpo dolorido hacia el leso
parpadeo de Sirio,
despojándose al tiempo de la vencida túnica,
desnudo ya,
demente se dirían los que le contemplaran,
sintió el más raro gozo asequible a los hombres

MANUEL DE CESAR

LAS CALLES

*L*AS calles *dulcemente adheridas a tu sombra*
que avispera y rosa enciende la sílaba cautiva
de un pronombre olvidado
que, como enredadera, te trepa el corazón
cuando caes ceniza de tu cuerpo,
de todos los soñados y los solos
al agujero azul donde la muerte
no llegará.

Las calles
desvalidas
en suma
desconocencia pasan los siglos los minutos
en tus ojos tan llenos,
tan delicadamente caminados
por la inmortal distancia de un ocaso
con perfume de rosas del oriente,
con cierva luz saltando sobre el aire
que aligera tu paso y tu caída
a donde sólo tú sabes que espera
la calle vispera que nutre
tan chorreantemente verde desamor
sobre una calle interminable y dios
y tú solo la huella.

Y QUE LE QUEDA AL CAMINANTE?

Y qué le queda al caminante
que, convencido de su caducidad,
se demora en el tiempo y el espacio,
saca un séviro vino de las cavas
del alma y bebe, agota
la dorada falacia de mirar
la luz sobre sus hombros,
y en un instante abrevia su camino,
se detiene y contempla
el escorzo de un pájaro en su vuelo,
el reposo infinito que acaso significa
la inexplicable eternidad de un gozo
inaprehensible en la aceleración
del movimiento?

Nadie
podrá inducirlo a proseguir su huida
después de ese deseo geométrico y total.
Y el caminante muere
súbitamente con
un escorzo del tiempo en su mirada
y ha llorado al sentir sobre sus ojos
el simulacro eterno.

CARLOS RIVERA

*QUE todo lo que escriban los espejos
no se borre jamás:
está así todo hecho de imagen reflejada.
Imágenes que cortan los latidos
de algún corazón roto;
imagen de muchacha que se ha ido;
imagen de algún árbol solitario
en un desierto a oscuras;
imágenes de esperas y de adioses,
imágenes de ausencias;
imagen de mujer casi olvidada,
perdida en un olvido que no quería ser cierto;
imágenes de esquinas y ciudades
que han sido recorridas por la noche
en una busca inútil del recuerdo;
imagen de la luz de aquella tarde
que creímos alegre.
Que todo lo que escriban los espejos
no sea desde ahora
imagen de tristeza al terminar el día.*

*L*EIDAS las normas desde el prólogo
y con afán cumplidas,
podríamos saber
por qué la noche es verde
-las últimas noticias aseguran
que la luna ya nunca volverá-
¿Quién puede preguntar a estas alturas
-intermedio obligado-
dónde han ido los sueños?
No se sabe gran cosa, casi nada,
leyendo atentamente las normas de la vida.
Leyendo atentamente las normas de la muerte
se siente cierto frío,
cierta oscura alegría que reconforta el alma
en los ocasos tristes,
en las horas oscuras.
Las últimas noticias nos informan
de que la luna ha muerto:
esa sombra del parque, por la tarde
-cuando más plata era-
se ha ido para siempre.

HELIODORO DIAZ



*N*O nos queda otra luz,
anclar los ojos
con vocación antigua de la muerte.
Decimos soledad,
y hallamos en las manos
la costra del silencio.
Vulnerar la memoria
al hilo de la noche.

*No nos arde otro amor,
desarraigamos
aquel cristal que fuimos.
Un día sabemos, como
nos ata un agua inmensa
y nos doma los besos,
debajo de la voz, como semilla
que ha perdido su invierno.*

*No nos ciñe otra voz,
decir simiente
en la caliente hondura de los años.
Negar los idus, cuando
nos cuelgan las palabras
como harapos del tiempo,
mientras que por el gesto
invocamos la ceniza.*

FRANCISCO CARRASCO



Secula

RICARDO SECILLA
Nació en Còrdoba
Donde reside

PANORAMA DE LA POESÍA SEVILLANA ACTUAL

Se ha hablado en muchas ocasiones del resurgimiento de la poesía en Sevilla en los años setenta. En tantas, incluso, que corremos el riesgo de volver este tópico contra nosotros. Máxime cuando hemos sacralizado, de una manera o de otra, a los promotores de este resurgimiento, a los beneficiarios —a aprovechados, con todo su matiz peyorativo— del mismo. Es bueno, eso no vamos a dudarlo, que se generen inquietudes poéticas y que éstas queden plasmadas en hechos concretos: colecciones, revistas, lecturas, premios, homenajes... La poesía, en sentido amplio, y sea ésta lo que sea, no puede hacer remilgos respecto de sus oficiales; está abierta y es aconsejable a todo el mundo, publiquen o no, tengan un mayor grado de inteligencia o de sensibilidad, sean francamente obtusos o clarividentes geniales. Pero bajo este deseo, fácilmente suscribible por la mayoría, se esconde una ambigüedad difícil de soslayar y que viene dada por la legítima aspiración de los que escriben, a ser leídos, esto es, a ser reconocidos y a ocupar los centros de decisión (literaria) que este reconocimiento depara. Esta aspiración, como digo, es legítima, pero, en tanto que las componentes que procuran su cumplimiento suelen ser extrapoéticas, su mera presencia en el núcleo de una sociedad (literaria) debiera tenernos precavidos respecto de dos cosas: respecto del escaso valor real que tienen los grupos de presión (literaria) para la efectiva transmisión de la esencia poética y respecto de la escasa tolerancia y sentido autocrítico que estos mismos grupos tienen. La ambigüedad estriba en que, si bien escribir es bueno —purifica, despierta la conciencia, etc.—, sublimar la poca universalidad de la propia escritura con los cargos (literarios) que el escribir proporciona me parece lamentable—no tanto por ellos, como por esta especie de mediocritas institucionalizada que anquilosa todo el aparato expresivo del lugar que lo permite. Con esta larga digresión quiero decir que el tan cacareado resurgimiento puede ser cierto cuantitativamente, pero apenas reseñable cualitativamente. Y lo que es peor: que, cegados por la primera de las dos variables, la cantidad, hemos dado por supuestas cosas que han obstaculizado la natural fluencia de la modernidad poética.

Pero vayamos por partes. Esto se propone ser un panorama, no un manifiesto. Sólo que algunos principios están tan arraigados, tienen tanta vigencia, que es imposible elaborar otros nuevos sin antes justificar un poco su relevo. Ahora voy a intentar poner estas cosas en su sitio.

No quiero ser injusto. También es poesía sevillana (...) lo que tradicionalmente —léase los estudios publicados: Ruiz-Copete, Manolo Jurado, Rafael de Cózar, Fernando Ortiz, etc.— se entiende como tal. El que quiera conocerla que acuda a estos catálogos y adquiera los libros que en ellos se recogen. Nada más fácil ni tentador. No quiero ser injusto, repito, pero tampoco quiero reescribir estas listas sancionadas por el status quo (poético). Ni transigir con la inercia interpretativa que las sostiene. El que consulte estos libros estará enterado hasta donde ellos llegan. No voy a particularizar mis juicios, ni en un sentido ni en otro —excepto por los nombres elegidos para la selección, pero esto es inevitable y en su momento se explicará—. Las personas sólo importan en tanto que personifican tendencias determinadas y se hacen síntomas de éstas. E inventariar sistemáticamente todo lo que se publica para argumentar sobre ello la vitalidad poética de nuestra ciudad, me parece, literalmente, una pérdida de tiempo.

Lo que quiero decir es que la poesía oficial de Sevilla sigue soplando las mismas notas que hace 16 años —si tenemos en cuenta la fecha que da Manolo Jurado, 1968, como punto de referencia— y que unos y otros se turnan para velar sus patéticos altares. Ni entonces hemos tenido ni ahora tenemos una poesía moderna. Hemos dejado de ser modernos —y no lo digo desde la adscripción a ninguna moda concreta, ni siquiera a la moda de la modernidad/modernidad (término

en boga) a ultranza-, y aunque la modernidad es un concepto escurridizo (recuérdese «Los hijos del limo», de Octavio Paz), se han sentado una serie de premisas que la niegan o la dificultan ostensiblemente. Esto, por sí mismo, no es grave. La poesía mala nunca es representativa, aunque ocupe la primera fila y por ello, en un sentido político, represente. Lo grave es que la modernidad no se imponga incluso a estos niveles. Porque ir a remolque de los poetas pretéritos (mejor pretéritos que malos) significa correr el riesgo de engancharse a sus obsoletos modos de enfrentarse al fenómeno literario —a la vida. Por eso también— y sin rasgarme por ello las vestiduras del provincianismo tenemos que admitir que, por lo general, los poetas que más nos llaman la atención ni son de Sevilla ni están aquí. Lo que tenemos más cerca es lo que tenemos más lejos. Y lo que tenemos de verdad cerca, lo ignoramos. Leemos por curiosidad o por morbo informativo, a veces con la esperanza de ser sorprendidos por una voz nueva, moderna. Porque lo moderno, en nuestro caso, queda circunscrito a tres ámbitos principales.

Estos tres ámbitos son los que hemos intentado recoger en nuestra selección. Su descripción somera, por tanto, será al mismo tiempo una manera de justificarla metodológicamente.

Por una parte, la de poetas con una importante trayectoria detrás suya, como Francisco Mena y José Antonio Moreno Jurado, que han ido madurando progresivamente los contenidos de su creación y que lo han hecho a pesar de los reconocimientos públicos —premios, por ejemplo— o de incomprendimientos, atentos más a la depuración de sus escrituras que a la publicidad de las mismas. Donde los otros se han quedado a medio camino, ello siguen dándonos lo mejor de sí mismos. «Mitología personal», todavía inédito, y «Las cosas perdonadas», de Moreno Jurado y Francisco Mena respectivamente, me parecen dos logros máximos y llenos, cada uno en su peculiarísimo estilo, de fuerza poética y (otra vez la palabra) modernidad. De todas las consideraciones iniciales, ellos son la excepción; no las únicas, seguramente, pero, a mi modo de ver, las más significativas.

El segundo grupo queda representado por José María Algaba y por Juan Lamillar. Ambos con un solo libro publicado por el momento. La recién obtenida beca de creación del Ministerio de Cultura por Juan Lamillar, así como sus asiduas colaboraciones en «Fin de Siglo» y «Calle del Aire», hacen de él un inmejorable candidato para oxigenar los círculos locales donde su poesía es bien aceptada. Los dos son muy distintos, pero —como en el caso anterior y en el que le sigue— esta misma diferencia es una nota que hace aconsejable su confrontación: es una manera de ejercitar la tolerancia y de constatar que la poesía se presenta de manos muy dispares y hasta contradictorias.

El tercer grupo se refiere a poetas todavía inéditos y muy jóvenes. Hay muchos, y bastantes con un sentido poético muy desarrollado. Las inquietudes que estos poetas promueven son las más auténticas y las que, en su conjunto, más interés objetivo tienen. Pero ellos no poseen la infraestructura ni los medios para hacer de estas inquietudes un gesto suficientemente importante como para trastocar los esquemas instituidos. De entre ellos entresaco a dos, Charo Prados y Francisco Pérez, por parecerme dos casos extremos —y distantes entre sí— de hallazgo expresivo y de honestidad literaria. Ambos tienen mucho que decirnos.

Hasta aquí estas brevísimas reflexiones sobre el panorama poético sevillano actual. Alguien echará de menos una relación detallada de lo que pasa, poéticamente hablando, en Sevilla. Creo que no merece la pena. Según la tesis que he bosquejado, la mayor parte de lo que está sucediendo en realidad sucedió ya, en un tiempo otro del que nosotros vivimos ahora. Lo que sí lamento es haber despachado con unas cortas e insípidas notas a los poetas recogidos en esta selección. Ellos son lo que tenemos: son el verdadero panorama del que tanto me he lamentado en estas páginas. Ellos debieran haber sido, en rigor, los protagonistas de estos apuntes, sólo ellos, insisto. Pero habrá otros momentos para profundizar en sus obras como merecen.

JESUS AGUADO

DENTRO del santuario me admiraban los tiernos rosetones
las espirales de la luz entretreídas al fondo de los muros buscaba
algún refugio en donde destruir otra vez la sensación oscura del
vacío

Y dijo el político «yo soy» con voz de bronce o tierra
me admiraban los grandes mausoleos de toda vanidad «en mí la verdad
que conduce a los pueblos»

Mis ojos descansaban de piedra aún entre los nervios
flamígeros según dicen que bebían a sus anchas un remedo de eterni-
dad torpe y maloliente

Y el sabio «yo soy» un pétalo caído desde el órgano
inundaba de música las gárgolas «en mí la verdad y la ciencia»

Ocultos tras las columnas asustados oíamos y dudábamos

Y el filósofo «yo soy» las pinturas murales reían y mi-
raban alrededor con orgullo alabadas por la crítica «en mí la ver-
dad de toda ideología»

Y nosotros sentados en los escalones del gran altar
de la nada llorábamos y aplaudíamos dejándonos vivir

Y tú «yo soy» decías «en mí la verdad y la vida»
extendiendo tu mano de Oriente a Occidente como monstruo de mil
[cabezas]

Yo pensaba «nada es así ni de otra forma»

Indiferente cerré los ojos abandoné el santuario
y subí a las montañas.

Y en las montañas
como sangre raíz del sacerdote
persa
en el altar del sacrificio
apareció tu nombre
en la maleza
grabado a savia y fuego
sobre el tronco:

BERTOLAMO

ni Hermes Trimegisto
ni Amón
ni Mitra ni Rocío
ni Selene ni Isis
empañan tu ternura
dentro de cada letra
como brujos
o duendes
como ancianos en el Apocalipsis
como lenguas que entonan
el canto incorruptible de lo virgen
cien amantes
desde Shakespeare a Tchaikovsky
me tejieron el manto
del deseo
con hilos de Medea
vestido
descendía
te busqué como Diógenes
por los muros de sangre de la ciudad antigua
por los templos de nieve
por el tosco dintel de cada puerta
por los viejos mercados de la menta y la lana
donde se venden sellos biografías
alquimia de la muerte
mas no es posible hallar
un hombre
entre los hombres
regresé a las montañas
y repetí tu nombre
BERTOLAMO
a las selvas
y el eco respondía
«para tenerme
debes
pronunciarte contra dioses
enamorado».

JOSE ANTONIO MORENO JURADO

EL NOMBRE DE LAS COSAS

QUIEN intenta
revelar el secreto,
morder la pulpa de las cosas.

Hemos repetido la mano
sin distinguir la esencia.

Nos empujaba
la angustia
de lo imperfecto,
hasta que una ansiedad de trascendencia
nos apresó el espíritu
y se llenó la calle
de aceras desandadas.

Nos vigilan las leyes, destruyen nuestros nombres,
rompen vigiliás. Nos empujan
a capturar honduras, densidades
para evitar las próximas exequias.
Mas llega siempre el labio hasta el intento
de la definición. Y no las nombra,
ni las cruza,
por no espantar la vida más allá del trajín.

Así venimos
a cruzarnos con ellas, a acercarnos a ellas,
a fundirnos con ellas, como
si nos llamaran.

La ignorancia sin fin se les encona
y la palabra esperan
del ángel que les diga que son, que están, que tienen
el bautismo de un nombre.



MENSAJE PARA EVITAR LA NADA

*L*O peor es creer
en un vacío sin fondo, desandar lo andado.
Tal vez desconocer el prodigio de la muerte.
Inexplicable situación
ante el espejo de las profecías.
Quizá nadie comprenda por qué estamos así,
desnudos,
infringiendo la ley de la conciencia.
Si alguien pudiera asir estas palabras
y concederles
otro nuevo sentido, o dar calor
a las sílabas muertas,
acaso
reconociéramos este mensaje.
La esclavitud
nos ataja el camino de vivir.
Otros cayeron
por intentar casi el suicidio
de entender las palabras y las cosas.
Somos chispa de Dios, aldabonazo
en otra puerta, angustia
de eternidad, deseo
de vida.

Todo
cayó como tabique destruido
por la pica de un dios enano. Todo
intento loco fue, como esto de arrojarte
un mensaje a la puerta
para que no te vendas a tí mismo
sobremuriéndote de tiempo.

FRANCISCO MENA CANTERO

«Las cosas perdonadas», Adonais, 1983

DESDE EL POEMA

*M*AS que nunca esta tarde has sentido la huida
al escribir despacio este poema.
Los objetos, el cuarto, tu infancia recordada
eran trozos de cuerda para atarte al presente,
pero tú ya buscabas algo externo en ciudades
con suburbios de niebla donde todos
llevan máscara y mienten, incluso ante el espejo
cuando se ven desnudos y desean ser árboles,
camino, reloj que trenza el tiempo, despedida.
Buscarte era imposible: habías borrado huellas
y comprado a mendigos el callar de tu nombre.
En el cuarto cerrado donde te presumíamos,
alguien cante unos versos de nostalgia y penumbra.



EL JUBILO EN MIS OJOS

AMAR esta certeza de ser, mientras camino
por las calles en sombra. Aquel zaguán,
el tejaroz vencido, las antiguas columnas,
el paño de azulejos para enjugar el gozo
y el frescor de tocarlos. La ciudad imprevista:
hornacinas cegadas, grutescos destruidos,
fuentes mudas. El azahar,
como pájaro breve herido en los naranjos,
y esta luz, casi abril, a tales horas,
hacen que te contemple tan distinta,
porque vas a mi lado, eres mi otra certeza,
y te contemplo a veces, el júbilo en mis ojos,
siguiendo el ritmo igual que la tarde que cae,
un rumor casi idéntico al agua de esa fuente.
Y comprendo de pronto lo hermoso de la vida
por ese olor feliz abierto en los naranjos.

JUAN LAMILLAR

Muro contra la muerte, Renacimiento, 1982

OJOS...

OJOS, la oscuridad, delicado erebo,
los miras.

Al verlos, se ahondan, son nada.

*Nombres, dormida especie
dorando las espumas.*

*Al espacio, último ángel
se inclinan. Devoto penetro
sus semblanzas, hallo ojos.*

*Los espejos, umbelas de las ostras,
se sueñan y acogen. Sólo ellos,
los magos ambulantes del olvido.*

*Ojos, la oscuridad, delicado erebo,
los miras.*

TRAS EL VERDOR...

*T*RAS el verdor, el ave. Sueña
quien describe, del sueño
ausente, la unidad. Estremecen
el sonido de alas, el paisaje verde.

*Acuden niños, dejan fragor:
arados de luz, manos de haya.
Oscurece la plaza y, a ratos,
cae oscura la lluvia.*

*Sueña quien describe el espacio
y lo soñado. Caídos
los arcos y los ojos*

*nadie vuelve
sólo aquel verdor del ave tras el verde.*

JOSE MARIA ALGABA

Exergo, *La rama de perejil*, 1983

PUDO simplemente no haber nacido.
No hubo ningún presagio.

No cantaron las rocas salmos muy antiguos
ni las flores hablaron a los hombres.

En el cielo no nació ninguna nueva estrella.

Pudo simplemente no haber nacido.

El vientre de su madre saltaba de alegría
pero todos los hombres nacieron de mujer.

Nadie había dicho aún que sería un niño
con los ojos más bellos que un beso de amante.

Pudo simplemente no haber nacido.

Ni siquiera la tierra tembló por un instante
cuando el llanto de un ángel cantó dulcemente.

Muchos nunca han soñado con besarle los labios.

Yo también podría no haberme enamorado.

Pero yo soy ahora las flores y las rocas.

Lo quiero con la fuerza de los vientos remotos.

Toda la tierra lleva mi amor hasta sus manos.

Yo también podría no haberme enamorado.

Pero la tierra quiso que un día lo mirara
y sintiera su fuerza de tierra humedecida.

No me tomeis por loca. Si viérais una estrella
sentada en una plaza, ¿no correríais tras ella?

Creedme, es la alegría vestida de belleza.

Por él todo es justo, y bueno, y necesario.

***E**L mar ruge en el fondo como un animal terrestre.
Los niños, las palmeras.
La vida engalanada,
amante de dulzura terrible y amarilla,
me juega al escondite
de sus besos más tiernos.
La busco, la desnudo.
Tiene boca de amante y pechos de azucena.
Una piedra de viento le cuelga de las manos
y rodea con sus piernas mi vientre de doncella.
Un susurro de azúcar alienta en los misterios
de este amor implacable.*

La muerte no es posible.

CHARO PRADOS

ausencia me pervive
como beldad y nombre,
reposa la imaginación
donde los labios precipitan,
y el cuerpo, olvidado,
es ya memoria que prefieres.
no otorgas tiempo a la escritura.
nada solicita tu deseo
la distancia,
nada haces dudar
aquella herrumbre de luz donde el poema
quiso ser pájaro nocturno,
un pretexto de dolor,
y al roce
de las horas,
dar fe a tu silencio.
hoy,
cuando lo que el cuerpo aquí establece
es belleza,
cuando tu distancia obliga a dilatar los besos,
reintegro a la palabra su ceniza
y así, inacabado tu reposo
es hasta la carne el nombre
de la nada.

por donde el cuerpo fuera gruta del aire,
silueta y sueño
sobre mares dormidos, su exilio suspenderá
nombres,
tensará el espacio hasta el alba, reconocerá
como un poema dibujado un instante. luego
la ausencia
pretenderá justificar del amante sus contornos,
y gemir a la noche nuevos labios.
no habrá éxtasis, tacto, ni hermosura
que suceda la agonía de la palabra
al olvido. presagiará la memoria, y así
dudará sobre la carne
la excesiva tangencia de las horas;
pero este poseer los límites no es más
que el acto de amar,
como estallar un mito
con las voces que cumplen su linaje
a cambio de razón; y de la razón tendrá
el cuerpo
que expirar los más reflexivos abrazos,
sus silencios.
y nada en él hay que verifique su propia
memoria.

FRANCISCO PEREZ

Epifanía de la memoria



ESTA REVISTA HA SIDO POSIBLE GRACIAS A LA
AYUDA DE LA DELEGACION DE CULTURA
DEL EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO
DE CORDOBA

ESTA EDICION CONSTA DE 200 EJEMPLARES NUMERADOS Nº 0170

